

Historia de un peso falso.

(Conclusión.)

bo esa infeliz era padre, era madre— se había dormido cansada de aguardar al inglesito. Pero, ¿qué le importaba a él dormir en la calle? ¡Si lo mismo pasaba muchas noches! ¡Y al día siguiente no lo azotaría!— ¡Llegaba rico!— ¡Con un peso!

¡Ay cuántas, cuántas cosas tienen adentro un peso para el pobre!

Allí en el zaguán, encogido como un gatito blanco, se quedó el muchacho dormido. Dormido, sí; pero apretando con los dedos de la mano derecha, que es la más segura, aquel sol, aquella águila, aquel sueño! Durmió mal, no por la dureza del colchón de piedra no por el frío, no por el aire, porque a eso estaba acostumbrado; pero sí porque estaba muy alegre y tenía mucho miedo de que aquel pájaro de plata se volara. ¿Creen ustedes que ese muchacho jamás había tenido un peso suyo? Pues así hay muchísimos.

Además, el **inglesito** quería soñar despierto, hablar en voz alta con sus ilusiones.

Primero, el desayuno... Bueno, un real para los tres! Pero los pesos tienen muchos centavos y hacía tiempo que el **inglesito** tenía ganas de tomar un tamal con su **champurrado**: Bueno, real y tlaco. Queda mucho, mucho dinero... No, él no diría que tenía un peso... aunque le daban tentaciones muy fuertes de enseñarlo, de lucirlo, de pasearlo, de sonárselo, como si fuera una sonaja, a la hermanita; de que lo viera la mamá y pensara: "Ya puedo descansar, porque mi hijo me mantiene." Pero en viéndolo, en tomándolo, la mamá compraría un real de tequila. Y el muchacho tenía un proyecto atrevido: gastar un real, que iba a ser de tequila en un billete. Y, sobre todo, recordaba el granuja que debía unos tlacos en la panadería otros en la tienda... y era imposible que la mamá los pagara si él le diera el peso. ¡Reales menos!

¡No! era más urgente comprar manta para que la hermanita se hiciera una camisa. ¡La pobrecilla se quejaba tantísimo del frío... Decididamente a la mamá cuatro reales, un tostón y los otros cuatro reales para él, es decir, para el **tamal**, para el billete, para la manta... ¡y quién sabe para cuántas cosas más! ¡Puede ser que alcanzara hasta para ir al Circo!

¿Y si ganaba trescientos pesos en la lotería con ese real? ¡Tres cientos pesos! ¡No se han de acabar nunca! Esos tendría el señor que le dió el peso.

Vino la luz, es decir, ya estaba para llegar, cuando el muchacho se puso en pie. Barriaron las calles... Pasaron unas burras con los botes de hojalta, en que de las haciendas próximas viene la leche. Luego pasaron vacas... En Santa Teresa llamaban a misa... ¡Jaletinas!, gritó una voz áspera.

El rapazuelo no quiso todavía entrar a su casa. Necesitaba cambiar el peso. Llegaría tarde, a las seis, a las siete, pero con un tostón para

la madre, con manta, con un bizcocho para la francesita y con un tamal en el estómago. Iba a esperar a que abrieran cierto tendajo, en el que vendían todo lo más hermoso, todo lo más útil todo lo más apetecible para él, velas, indianas, santos de barro, madejas de seda, cohetes, soldaditos de plomo, caramelos, pan, estampas, titeres... Cuanto se necesitaba para vivir. Y precisamente en la puerta se sentaba una mujer detrás de la olla de tamales.

Fué paso a paso, porque todavía era muy temprano. Ya había aclarado. Pasó por San Juan de Letrán. De la pensión de caballos salía una hermosa yegua con albardón de cuero amarillo y llevada de la brida por el mozo de su dueño, alemán probablemente. Frente a la imprenta de **El Monitor** y casi echados en las baldosa de la acera, hombres y chicuelos doblaban los periódicos todavía húmedos. Muchos de esos chicos eran amigos de él, y el primer impulso que sintió fué el de ir a hablarles, enseñarles el peso... pero ¿y si se lo quitaban? El cojo, sobre todo, el cojo era algo malo.

De modo que el pillín siguió de largo.

Ya el tendajo estaba abierto, y lo primero, por de contado fué el tamal... y no fué uno, fueron dos: ¡al fin estaba rico! Y tras los tamales, un biscocho de harina y huevo, un rico bollo que sabía a gloria. Querían cobrarle adelantado; pero él enseñó el peso con majestuosa dignidad.

—Ahora que compre manta, cambiaré. Y pidió dos varas de manta; compró un granadero de barro que valía cuartilla y al que tuvo la desdicha de perder en su más temprana edad, porque al cogerlo, con la mano convulsa de emoción se le cayó al suelo; le envolvieron la manta en un papel de estraza, y él con orgullo con el ademán de un soberano, arrojó por el aire el limpio peso, que al caer en el zinc del mostrador, dió un grito de franqueza, uno de esos gritos que se escapan en los dramas al traidor, al aseino, al verdadero delincuente. El español había oído y atrapó al chiquitín por el pescuezo.

—¡Ladroncillo, ladrón! Vas a pagármelas.

¿Qué pasó? El muñeco roto, hecho pedazos en el suelo... la india que gritaba... el gachupín estrujando al pobre chico... la madre, la hermanita, la **francesita**, allá muy lejos... más lejos todavía las ilusiones... y el gendarme muy cerca.

Una comisaría... un herido... un borracho... gentes que le vieron mala cara... hombres que le acusaron de haber robado pañuelos ¡a él que se secaba las lágrimas con su camisa! Y luego la Correccional... el jorobadito que le enseñó a hacer malas cosas... y afuera la madre, que murió en el hospital de diarrea alcohólica... y la hermanita, la francesa, a quien porque no vendía muchos billetes, la compraron, y a poco la pobrecilla se murió.

¡Señor! Tú que trocaste el agua en vino; tú que hiciste santo al ladrón Dimas: ¿por qué no te dignaste convertir en bueno el peso falso de ese niño? ¿Por qué en manos del jugador fué peso bueno, y en manos del desvalido fué un delito? Tú no eres

com la espearanza como el amor, como la vida: peso falso. Tú eres bueno. Te llamas caridad. Tú que cegaste a Saulo en el camino de Damasco, ¿por qué no cegaste al español de aquella tienda?

Manuel GUTIERREZ NAJERA.

La Virgen y los angeles.

(Conclusión.)

Sí, yo quiero sólo vestir a mi hijo, sólo arrullarlo y dormirlo, sólo hacer mis trabajos, sólo hilar mi rueca, y sola ir al lavadero. Y como estos pequeños trabajos me parecen casi una alegría, no tengo en hacerlos, gran mérito, y si sería culpable al soporiar que los ángeles los hicieran en mi lugar... ¿Comprendes?

—Yo creo que si, mi querida hija; pero entonces va a ser preciso que yo renuncie también a los pequeños servicios que los ángeles me hacían.

—Evidentemente, amigo mío.

—Yo había creído, sin embargo, que ser el esposo de la madre del Mesías me daba derecho a algunas pequeñas ventajas; pero tú debes tener razón porque eres más inteligente y más sabia que yo, aunque no tienes más que quince años y yo paso de los sesenta.

* * *

A la noche siguiente, como el niño Jesús lloraba y no quería dormirse, repentinamente se oyó en la calle una melodía ligera y de extrema dulzura. María abrió la puerta y miró, al claro de la luna, alineados contra el muro de la casa, a los ángeles que hacían música en sus pequeñas arpas.

—¿Todavía Ustedes?—les dijo ella. ¿Y si le place gritar y sufrir? Además aquí estoy yo que soy su madre, idos o me enfado.

Al día siguiente no se aparecieron para nada; pero a la otra mañana, María los vió a todos en el patio, agrupados bajo la higuera, tímidos, avergonzados y llorando en silencio.

—Mis angelitos—les dijo,—os parece severa porque sois muy pequeños para comprender... Pero ¡escuchad! La vieja Sefora que vive enfrente está parálitica... Un poco más lejos está la buena Raquel que tiene doce hijos y pasa muchos trabajos para atenderlos. Y así encontraréis en Nazareth otras muchas pobres mujeres. Pues bien, es preciso ayudarlas para hacer su trabajo; a lavar su ropa, a cuidar sus hijos; si queréis complacer a mi hijo, por allá lo lograréis mejor.

Y viendo a los pequeños con las naricillas plegadas por un gesto de pesar, añadió:

—Cuando sea más grande os permitiré jugar con él; pero mientras haced lo que os digo.

Y aquel año, todas las pobres mujeres y las enfermas de Nazareth, fueron auxiliadas y los niños mecidos y arrullados por servidores invisibles, porque sólo María y José veían a los ángeles, y los recién nacidos no lloraron más a excepción del niño Jesús que quería sufrir por todos.

JULES LEMAITRE.